

Nuestro convenio debe consignar en algún artículo que puedas enajenarme tu soberanía. Y, aunque no lo consigne, pensó, los tiempos son propicios: el mundo tiene los ojos puestos en otra cosa. Es necesario que yo me coja ese país.

Y se lo cogió. «*I took Panama*», había confesado cínicamente Roosevelt. Tú te cogiste la Isla Española, le dicen sus enemigos a Wilson; nosotros nos cogimos Tejas, Puerto Rico, Cuba, las Filipinas, etc., exclaman los yanquis. Y algunos humoristas se preguntan como William Hart: «*¿Is America honest?*»

Parece cosa de risa, ¿no es verdad?

Y lo sería, si no fuera también cosa de lágrimas.

IV

Triquiñuelas de un pedagogo idealista

La deuda pública de la República Dominicana, decía el malhadado pacto de 1907, — que sólo han podido celebrar los yanquis con un país cavernícola, — «la deuda pública no podrá ser aumentada sino mediante un acuerdo previo entre el Gobierno dominicano y los Estados Unidos».

Y el pérfido Wilson — que es profesor de Derecho, según creo, — confunde, adrede, artimañosamente, una misérrima deuda exclusivamente administrativa, con la deuda pública. No recuerda el airado pedagogo los más rudimentarios textos? ¿No sabe de memoria que la palabra compuesta Deuda Pública significa en Economía Política «esa especie de deudas que el Estado ha contratado, y para las cuales han sido creadas rentas o efectos públicos»? ¿No sabe que «no se hace entrar en la Deuda Pública propiamente dicha, las deudas corrientes del Estado, es decir, las sumas en que éste se ha constituido ocasionalmente deudor respecto de los particulares, a causa de la ejecución de los diferentes servicios públicos?...»

Pero no se trata de la ignorancia de un magistrado yanqui, ni siquiera de su perfidia. Si fuera otro el presidente yanqui, otro nombre, y no el de Wilson, habría que mencionar. Se trata de la inescrupulosidad de los Estados Unidos en sus relaciones internacionales, de su feroz imperialismo, de su amenazadora América. Hoy se tragan una isleta inerte, un istmo realengo; mañana, ¿a quién masticarán las feroces mandíbulas de estos idealistas luteranos?

Todo es digno de admirar en este cuento de hadas, en que un dragón devora a una frágil doncellita, morena y desobediente a la voz de la más elemental prudencia. Todo. Los invasores, que, prevalidos del silencio universal que circundaba a cuanto no fuera la gran guerra de 1914 a 1918, se echan sobre un desvalido país; el pretexto de que se valen estos salteadores de pueblos: «¿tú no puedes pagar a tus empleados nacionales porque yo manejo tu dinero? Pues te castigo con la pérdida de tu soberanía»; la inocente estratagema, en el país de los economistas, de confundir una deuda administrativa con una deuda pública; el invocar un tratado a fin de robar y asesinar un país, como si ningún país, por estúpido que sea, puede suscribir el que lo despojen

y maten por incumplimiento de convenios internacionales. Por último, ¿no es digno de admiración el que los Estados Unidos, que condenan a la nación dominicana por contraer deudas con sus propios empleados públicos, a quienes no podía pagar, esté hoy mismo en tratos para contraer un empréstito en Wall Street? El contratante — exclaman los hijos de la república martirizada, — será la Usurpación Yanqui; el deudor, la República Dominicana.

Y como las bromas hay que darlas pesadas, Wall Street entregará ahora a la Usurpación dólares a treinta y dos centavos y los cobrará luego a ciento. No es todo. La República Dominicana paga el 5 o/o de interés anual por su deuda. Los yanquis, dichos financistas, realizan una conversión con interés al 8 por ciento.

Es decir: se despoja el país a conciencia. Y estos yanquis son los que tildan de corrompidas a las administraciones locales. Con razón monseñor Noel, arzobispo de Santo Domingo, ha dicho en un valiente documento público dirigido a los hombres de la Usurpación: «Nunca en este país se habían cometido tales crímenes ni tantos robos políticos como los que han cometido y están cometiendo los funcionarios de la Ocupación Militar de los Estados Unidos».

Eso es lo que lleva a la isleta desgraciada del mar Caribe el idealismo de Wilson. Esa obra de saqueo y de muerte realizaba el ingenuo idealista en los mares de América mientras se preparaba a representar en Europa su papel de apóstol del Derecho, con estudiadas frases, en que relumbran como usadas lentejuelas la Democracia, la Justicia, la Fraternidad, Humana, la Igualdad jurídica de las naciones; y plagiándole a un hispanoamericano, a Simón Bolívar, el proyecto de la Sociedad de las Naciones.

V

El drama

Cuando termina el entremés en que Wilson representa su papel de idealista, de ingenuo, de buen muchacho, de pedagogo distraído, y los Estados Unidos su papel de protectores desinteresados de una América ingobernable, empieza el drama, un drama pavoroso, desarrollado con toda la brutalidad del carácter yanqui; un drama de interminables actos atropellados: el acto de Honduras, el acto de Nicaragua, el acto de Haití. La más ruidosa de estas tragedias comprimidas ha sido la de Méjico, porque en ella tomó parte, como en las tragedias de Esquilo y de Sófocles, un coro respondón: el coro, en este caso, fueron los quince millones de mejicanos aguerridos, armados principalmente de un saludable y protector odio al yanqui y dirigidos por aquel épico e irreductible energético, mártir de la libertad y de la civilización, que se llamó Venustiano Carranza. (1). Una de esas representaciones dramáticas, una de las más oscuras y luctuosas, ha sido la que se cumplió a espaldas del mundo entero, en medio del

(1) El autor de este artículo es un bizarro crítico, pero cuya filosofía política no se remonta más allá que el liberalismo democrático burgués de un Wilson o un Carranza. (N. de R.)

silencio de los mares del trópico, en la República Dominicana y en su vecina Haití; es decir: en los pueblos condueños hasta ayer no más de la antigua Isla Española, hoy en manos de los Estados Unidos, por obra del idealista y desinteresado presidente Wilson.

Los yanquis arriban en son casi amistoso y pretextando un tratado. Abre el país incauto y generoso todas sus puertas al viejo amigo Sam, con quien no ha roto. Es el amigo, el protector; viene con palabras dulces: que venga. El viejo amigo Sam se apodera en un abrir y cerrar de ojos de cuarteles, parques, tesorías, puertos, puntos estratégicos. Echa nubes de soldados sobre la minúscula y asombrada república. Desarma al país; hasta los cuchillos de mesa desaparecen de las casas. Empieza la más injustificada crucifixión de un pueblo: partidas inermes de patriotas se lanzan a los campos a combatir al invasor; se les llama bandidos, y como bandidos mueren, cazados, descuartizados, carbonizados, colgados de los árboles. Las poblaciones, en plena tranquilidad, son saqueadas; las mujeres, violadas; los niños, destripados. A los hombres se les ingurgitan por medio de aparatos, cubos y cubos de agua hasta que revienta. A otros se perforan las entrañas con hierros candentes.

Los tribunales de justicia del país han desaparecido. Los sustituyen cortes militares yanquis, que son irresponsables y que se componen de yanquis brutos y brutales, que ignoran las leyes, las costumbres, la religión, la lengua y la psicología del país. Estas cortes irresponsables juzgan sumariamente: sus menores castigos son los de prisión, multa, azotes. Con aterradora frecuencia aplican largas condenas, la deportación, la muerte.

Los hombres más ilustres del país yacen en las mazmorras o gimen en el ostracismo. Ninguno de los tiranos de nuestra América fué tan sistemáticamente cruel, porque ninguno se propuso sistemáticamente exterminar al país que tiranizaba. Todos, hasta Rosas, fueron patriotas. Los yanquis, no. Los yanquis tienden a exterminar la población para quedarse como dueños exclusivos de la tierra. En Santo Domingo lo van consiguiendo.

Por las calles de la capital de la antigua república pueden verse cruzar con el traje de presidiarios, — y expuestos como escarmiento, — a los más precarios poetas, como Fabio Fiallo, por el crimen de haber cantado el anhelo de ser libres. Un diplomático y abogado de los más conspicuos, don Américo Lugo, es víctima de una corte marcial porque defiende jurídicamente a su país; al honrado y enérgico periodista Flores Cabrera, nacido en Venezuela, se le encarcela y se le expulsa como elemento pernicioso; a otro periodista de Venezuela, mi hermano Horacio Blanco-Fombona, se le cierra la imprenta de su propiedad, se le suprime el periódico, se le multa, se le encarcela, se le expulsa. ¿Por qué? Por haber publicado la fotografía de Cayo Báez, patriota dominicano, a quien la ferocidad yanqui, en pleno siglo XX destruyó el cuerpo martirizándolo con hierros encendidos que perforaban los tejidos y las entrañas.

Ésa es la obra civilizadora de Yanquilandia. Y esto se obra por mandato y bajo el gobierno del pedagogo que proclama la igualdad jurídica de las naciones.

R. BLANCO - FOMBONA.

(«La Voz», — Madrid, Febrero de 1921).

DEL AMBIENTE

ENTRE LOS MIOS

Manual de imbecilidades revolucionarias

Nos impusimos el deber de iniciar dentro de la gran colectividad roja una obra de reeducación revolucionaria, no en el sentido de enfrenar el incoercible y santo espíritu de rebeldía, sino de agrandar por la reflexión y el estudio, el diámetro de nuestro círculo mental para que podamos abarcar más anchos horizontes de luz y multiplicar en cien formas nuestras actividades; para que nos hagamos menos sicarios de la conciencia ajena y un poco más severos con nuestras propias flaquezas. Si la debilidad es un crimen en todo hombre revolucionario, también lo es la estupidez presuntuosa porque ambas pueden producir resultados fatales a la causa de la revolución. Sabíamos de antemano que también en nuestro campo hay rutina, es decir, creencias que fueron ayer iconoclastas, demoleadoras del pasado y que por la ley de la inercia terminaron cristalizándose en dogmatismos automáticos absolutamente impermeables al razonamiento. Era natural, entonces que contáramos con esta resistencia del conservatismo revolucionario de nuestras filas, pero no creíamos que nuestra labor iba a alcanzar tan pronto una resonancia favorable como la que parece haber obtenido en la

gran masa del proletariado, donde, digan lo que quieran las minúsculas camarillas que se disputan el cacicazgo, sólo hay corazones y voluntades obreras, limpios de leguleyismo doctrinario o torpes recelos, que quieren unirse, que proclaman a grandes voces la necesidad de la unificación para batirse sumados en un frente único con su único enemigo de clase: el capitalismo.

En realidad, todos necesitamos limpiar, ordenar y ventilar diariamente la casa en que vivimos a la vez que asear el cuerpo e higienizar el espíritu. Afortunadamente, como nosotros hemos usado y abusado tanto del análisis crítico en la vida, estamos mejor preparados que nadie para ejercitarnos en la auto-crítica y el auto-análisis de nuestra conducta. Si lo hiciéramos con alguna frecuencia, recogiéndonos en el más sincero acto de contricción de nuestra conciencia, descubriríamos muy pronto que una cosa es tener *ideas revolucionarias* y *hábitos burgueses*; y otra cosa, es tener *ideas revolucionarias* y *hábitos revolucionarios* al mismo tiempo. Con lo cual pondríamos en evidencia lo incompleto de nuestra personalidad y por consiguiente, lo imprudente de nuestro puritanismo catoniano.

Agustín Álvarez escribió una serie de hermosos ensayos, a base de simple sentido común, pintando con pequeños hechos característicos de nuestra sociedad, la psicología

criolla de este país (igual a la del resto de América), bajo el expresivo título de «Manual de imbecilidades argentinas». Si nosotros tuviésemos la paciencia y la jovialidad filosófica de un Bernard Shaw o un Anatole France, ya habríamos intentado escribir un «Manual de imbecilidades revolucionarias», que nos hiciera reaccionar saludablemente contra la enfermedad del doctrinarismo absoluto.

Pero si no nos consideramos con fundillos para acometer un trabajo de tal aliento, si nos creemos capaces de emprender un risueño examen de nuestras falsas actitudes revolucionarias.

Los muertos mandan

Aunque divididos en cien capillas, todos los trabajadores han conmemorado por separado el día de los mártires de Chicago. Tampoco pudieron los elementos revolucionarios del país celebrar unidos en un solo mitin este primero de mayo de 1921. Esto demuestra una de dos cosas: o que es más grande nuestro amor por los muertos que por los vivos; o que nuestro mentido amor por los difuntos no es más que la máscara con que disfrazamos nuestro desamor por la humanidad doliente que nos rodea.

Yo le he dicho a los trabajadores del Rosario desde la tribuna, esto mismo, en su grandioso mitin del 1.º de Mayo.

Y he añadido: que no debemos profesar el culto de los muertos, aún cuando se trate de los seres más caros a nuestro corazón o más gloriosos para la causa.

¿Cómo poner nuestro amor en los muertos, en estos momentos en que es tan grande, tan trágico, tan heroico, tan soberbiamente emotivo el drama universal del siglo, de este siglo nuestro, en el que nosotros hemos tenido la suerte de nacer y desde cuyo umbral nos es dado contemplar el maravilloso advenimiento del futuro!

Tengamos en buenhora nuestro calendario rojo, aunque diariamente se agranda la constelación de nuestros héroes al extenderse por todo el mundo nuestra inmensa tragedia social. Pero no imitemos las prácticas supersticiosas de la burguesía. Que nuestra filosofía sea diametralmente opuesta a la de aquella. Que cuando nos congreguemos para recordarlos, sólo sea para recoger su bandera y avanzar con ella más lejos de donde la recogimos.

Seamos poetas de la vida siempre, aún frente a la muerte. Los muertos no existen, y mal podemos perder tiempo en reverenciar sus cenizas. Acordémonos de los vivos; ellos han menester de nuestro amor, de nuestra ayuda, de nuestra solidaridad, a todas horas del día. Sólo la humanidad viviente que nos rodea, que sufre, lucha, ama y bebe en la fuente común del ideal para colmar su insaciable ser de amor y justicia, merece absorber todas las potencias emocionales de nuestro corazón.

Soy también enemigo del falso sentimentalismo revolucionario a estilo de esas mujeres que lloran en el cine y son panteras en sus casas. Amemos a los héroes del espíritu en vida, pero no esperemos que a se mueran para edificarlos.

Me duele que hasta para los anarquistas, los difuntos tengan más prestigio que los vivos. Reaccionemos contra ese resabio de superstición religiosa de fe en los muertos que nos hace todavía tan tradicionalistas como los patriotas o los católicos.

También entre nosotros el mandato de los muertos está siendo funesto a la causa de la revolución. Hay anarquistas conservadores que están como los espiritistas con el oído alerta a los oráculos de ultratumba y con los ojos y el corazón cerrados al palpitante y tragediante drama humano de la realidad. Para estos camaradas, los muertos mandan; la palabra de aquéllos es el catecismo absoluto del ideal.

Ellos no pueden concebir que si Marx o Bakounin hablaron hace más de medio siglo así como hablaron, podrían hablar ahora de otro modo.

Y he aquí dos muertos gloriosos que habiendo echado en común los cienientos del nuevo orden, que habiendo sido los precursores, los abuelos de la Revolución, están haciendo pelear por causa de sus discípulos idólatras (la peor clase de discípulos), a los hombres de esta generación que tienen por delante la lección objetiva de la historia en la actual Revolución Rusa.

Maestros del epíteto

A ciertas gentes que se titulan ácratas de la buena cepa, les gusta pelear con pólvora sola, disparándose a quemarropa trabucazos de insultos y andanadas de insolencias puercas que los pinta como son por dentro en sus instintos y en su cultura revolucionaria. Tales individuos desacreditan el prestigio de las ideas. Nada ocurriría si no estuvieran poseídos de la enfermedad de nuestros políticos criollos, la lepra del personajismo, que los empuja a estar siempre en escena, a tener siempre público o a morirse de rabia cuando nadie los escucha, hiperestesiados de vanidosa insignificancia. Es verdad que la conciencia libertaria del proletariado crece todos los días y su cultura ideológica es hoy más rica que nunca. Pero todavía quedan grupitos y hojas de publicidad que son revivencias de las formas primitivas, crudas y sucias en el lenguaje, que en su incapacidad periodística usaban algunos de nuestros compañeros hace veinte años. Y es que además de la enfermedad del personajismo padecemos la epidemia de la grafomanía en nuestro campo revolucionario. Si fuera la sed de aprender la que impulsa a tanto compañero semi-alfabeto a publicar periódicos, bueno y santo. Pero en verdad, no lo hacen sino por la coquetería de exhibirse en letras de molde. Cada bobo se embriaga en esta tierra con el licor barato que está a su alcance. Afortunadamente esos periódicos se mueren de consunción por su propia estupidez a los pocos días de nacer. Como el nivel mental del público obrero ha subido y el de ellos ha quedado donde estaba, es claro que a toda persona sensata (por grande que sea su amor a las ideas), tiene que caérsele de las manos una hoja que sólo le brinda chismes, necedades y viles odios de perros.

Basta, por Dios o por el Diablo, con esta estúpida manera de envenenarnos de ferocidad los unos a los otros, porque no coincidimos en todos los detalles de nuestro dogma de hierro.

Si vuestros insultos fuesen dardos envenenados, ¿imagineis los efectos que habría producido ya en el seno del proletariado? No habría quedado uno con vida en la ardiente discusión de sus métodos de lucha. Habría pasado ya lo que ocurrió con los terribles tigres del andaluz: no habrían quedado sino los rabos. Es decir, que el proletariado revolucionario se habría encargado de extinguirse a sí mismo, como el alacrán, mordiendo la cola e inyectándose su propio veneno. Con lo cual habríamos evidenciado, amigo, que si la masa no es peor que la burguesía, tampoco es mejor que ella.

Tenga usted, señor anarquista insultador de sus camaradas, la nobleza de morderse la lengua cada vez que ella quiera contestar un argumento con un epíteto.

¿No ve usted que mientras nosotros nos acibillamos a epítetos, los esbirros del capital nos acibillan a balazos?

La unidad sindical será un hecho

El Congreso Obrero Provincial celebrado recientemente en Rosario, ha sido un acto que habla muy bien, muy honrosamente de la mentalidad obrera en este país. De ambas partes, es decir, del lado de los partidarios y los adversarios de la fusión, se ha discutido esta vez con claro talento oratorio y con verdadera alteza de miras. Consuela y alegra ver que en vez de una nueva escuela de sofistas creada al margen del proletariado por doctrinarios empíricos, enamorados más del deporte dialéctico que de preparar la obra efectiva de la revolución, se impone la filosofía de los hechos, emanada de la realidad histórica de este momento tan crítico en que vivimos.

Ha triunfado en dicho Congreso el buen sentido realista que induce a cambiar los métodos negativos de lucha (todo divisionismo lo es), por métodos positivos de la acción conjunta obrera para presentarle a las fuerzas coaguladas del capitalismo mundial un frente único de combate.

Hasta ahora sólo se había tenido el talento de pelear por el sistema de las viejas montoneras gauchas del tiempo del fraile Aldao, el Chacho y el Tigre de los Llanos, sacando siempre, como es natural, la peor parte en la con-

tienda. Será muy heroico hacerse romper la cabeza en tales condiciones o ir a podrirse en la cárcel por el delito de haber pronunciado un discurso o haber escrito un artículo más o menos declamatorio. Pero, en realidad, es bobo eso de estar recibiendo regularmente los estacazos y la afrenta del enemigo, haciendo lo del Nazareno que aconseja al que recibe una bofetada volverle la otra mejilla para recibir el par.

No, compadre, no se trata de ser Quijote por pose revolucionaria, apostando a quién opone el pellejo y los huesos más duros al palo del polizonte. Se trata, por fin, de contener el brazo armado de la burguesía que nos humilla y nos ultraja, día a día, con nuestro puño de hierro del proletariado organizado a su turno en un solo bloque de guerra para imponerle la fuerza de la razón por la razón de la fuerza.

Cuántas cosas grandes, nobles, fecundas y bellas podrá hacer, anticipándose a la obra constructiva de la Revolución, la nueva sindical roja del proletariado argentino, compuesta de 800 mil a un millón de trabajadores que así cobijados bajo la bandera roja del ideal comunista, unidos, por fin, en indisoluble abrazo de fraternidad, marcha bizarro e invencible hacia la conquista del porvenir!

La indiada patriótica

Ya empieza a dar sus frutos el mazorquerismo nacionalista resucitado con el nombre de Liga Patriótica Argentina. El drama brutal y odioso de Gualeguaychú que ha dejado un tendal de muertos y heridos en la plaza pública donde celebraban su acostumbrado mitín los trabajadores, drama urdido, preparado y llevado a cabo con toda alevosía

por el terrorismo azul y blanco del señor Manuel Carlés, según todas las versiones oficiales, es una página roja que el proletariado sabrá cargar en el haber de nuestros chauvinistas criollos.

Es curioso que en nombre del patriotismo resuciten nuestros doctores criollos las prácticas gauchoas de los luctuosos tiempos de nuestra barbarie caudillesca, representada por la trágica figura de Facundo. Decididamente estamos asistiendo a los crepúsculos del gaucho en la cultura nacional, aún cuando éste ya no use chiripá y bota de potro, sino frac con pechera almidonada y viaje en aeroplano, en vez de hacerlo a caballo para producir mayor efecto teatral en la paisanada.

«Religión o muerte», era el lema que llevaba escrito en su famosa bandera negra adornada con una calavera el Tigre de los Llanos. «Nacionalismo o muerte», es el lema que lleva incrito en el pabellón azul y blanco adornado con el gorro frigio, la Liga Patriótica Argentina, inventada por este nuevo tigre de talabartería que se llama Manuel Carlés.

Bien está que dejéis consagrado el derecho a la violencia en nombre del privilegio.

Los trabajadores consagrarán ese mismo principio en nombre de la justicia social.

¿Queréis ser profesores del terrorismo blanco?

Aguardad: pronto tendréis excelentes discípulos en el terrorismo rojo.

¿Queréis precipitar el desencadenamiento de la guerra civil por los mismos métodos mafiosos del «fascismo» que está ensangrentando a Italia?

Hacedlo. Pero ataos muy bien los pantalones y esperad las consecuencias.

JULIO R. BARCOS.

TRADUCCIONES Y REPRODUCCIONES

LOS DESCALABROS DE LOS IMPERIALISTAS ALIADOS EN EL CERCANO ORIENTE

«La gallina de los huevos de oro», o «La codicia rompe el saco»

MUTIS DE GEORGIA

Por Paxton Hibben (De «The Nation»).

El acontecimiento de más significación, en relación con la situación rusa, que ha ocurrido desde el fracaso de la aventura Wrangel, tuvo lugar en Febrero 19. Georgia, el último baluarte de los antibolshevistas, entre la India y el Mediterráneo y entre el Mar Blanco y el golfo Pérsico, adoptó el régimen Soviet. En las encrucijadas del mundo que quedan entre el Este y el Oeste, Georgia es el último, de los países transcaucásicos que separan a la Rusia Bolsheviquí de la Turquía Bolsheviquí, en sucumbir a la influencia soviética. Este suceso es la culminación de una larga campaña de mansa, pero efectiva propaganda emanada del Kremlin, cuya fuerza ha consistido, no tanto en lo que la Rusia del Soviet podía o quería hacer en bien de los países transcaucásicos, como en lo que las potencias de la Europa Occidental han dejado de hacer por ellos. Precisamente durante tres años los países de la Transcaucasia han estado pendientes de que la Conferencia de la Paz, el Consejo Supremo, la Asamblea de la Liga de Naciones, o los gobiernos individuales de Europa, principalmente interesados en mantener abierto el camino de la India,

tomasen alguna resolución que les permitiese permanecer solos. Esperaron en vano.

Cuando se recuerda que desde Batum (Georgia) en el Mar Negro, parte la ruta que constituye el camino más directo a Tabriz, Teheran, y a toda Persia, y que de Batum, cruzando por Baku y a través del Mar Caspio hasta Krasnovodsk, sale la vía más corta que conecta a la Europa Occidental con Bokhara, Khiva, Afghanistan y toda la India del Norte, la importancia de la conversión de Georgia al soviétismo resulta evidente. Desde el punto de vista político, no es Rusia la que ha ganado tanto: el camino a Persia, Bokhara, Afghanistan y la India ha estado abierto para los Soviets desde que el ejército de Denikin fué aniquilado hace un año. Lo que es significativo es que las influencias políticas que han estado haciendo guerra al bolshevismo han perdido su última base de operaciones en todos los puntos del Meso-Oriente.

No hay nada — o al menos no debiera haber nada — de sorprendente en la soviétización de la república georgiana. Es cosa que ha estado vi-

niendo desde hace mucho tiempo, y todos los que en Europa le han prestado al asunto siquiera una atención superficial han debido preverlo. En Noviembre 11 de 1919, yo remití un despacho periodístico al periódico *Tribune* de Chicago, en el que describía la tentativa abortada de una revolución bolshevista en Georgia, la que aun entonces sólo fracasó por el grueso de un pelo. Mi despacho fué interceptado en Constantinopla por el almirante Bristol, quien envió al comandante Haynes a Tiflis para que preguntase qué pretendía yo tratando de remitir tal despacho. Yo traté de convencer al comandante Haynes de que el despacho era cierto en todos sus detalles, que Georgia, aun entonces, estaba lista para la revolución, y que si se efectuaba cualquier esfuerzo serio para provocar un cambio de gobierno en Georgia, con toda probabilidad tendría éxito. Le dije que el ejército georgiano estaba impregnado de bolshevismo y que no se podía contar con él para resistir la influencia del Soviet... y muchas otras cosas que todo el mundo sabe ahora. El comandante Haynes obtenía la mayor parte de sus informes de labios de los refugiados zaristas rusos, y no quería creer nada en contrario; y así mi despacho nunca fué remitido. A pesar de ello, un esfuerzo serio se ha llevado a cabo en Georgia para hacer la revolución del Soviet al fin, y ha tenido pleno éxito. En Marzo 10, hasta la misma Batum, bajo los cañones mismos de la flota aliada en el Mar Negro, se declaró Soviet con muy poca lucha. ¡Bien por la censura!

Desde Noviembre 11 de 1919, muchas cosas grandes han ocurrido en la Transcaucasia; pero ninguna de ellas ha fortificado la posición de los adversarios del bolshevismo. Denikin fué derrotado. Wrangel emprendió su tentativa y fracasó miserablemente. Mr. Colby escribió su célebre nota de Agosto 11 1920, en la que se negaba a reconocer «la independencia de las llamadas repúblicas de Georgia y Azerbaijan». Las repúblicas de Armenia y Georgia, no fueron admitidas a la Liga de Naciones. Mustapha Kemal invadió la Armenia y conquistó el país con olímpico desdén para el «arbitraje» del Presidente Wilson, que había de determinar las fronteras entre Turquía y Armenia. Pero lo más significativo de todo, fué que la república musulmana de Azerbaijan, en Abril 28 de 1920, mediante una revolución relativamente pacífica dentro del propio país, y no por virtud de ninguna invasión del ejército rojo de Rusia, se volvió bolshevista... y le gustó.

La defección de Azerbaijan fué el golpe más serio para los antibolshevistas, no sólo en la Transcaucasia y el cercano Este en general, sino también en la Europa Occidental. No sólo proporcionó a los partidarios del comunismo una base de operaciones desde la cual la India, Persia y Turquía podían alcanzarse fácilmente, sino que les dotó de un ejército rojo local, reclutado entre los tártaros de Azerbaijan, con el que cualquiera operación militar que pareciera conveniente podía efectuarse sin merma para las fuerzas armadas regulares de la Rusia Soviet. Se ha hecho en los despachos de la prensa un esfuerzo concertado para mostrar que un numeroso ejército rojo ruso

ha sido mantenido en la Transcaucasia. En Enero 12, por ejemplo, el «New York Times», publicó un despacho de Constantinopla al efecto de que «el ejército 11 de la Rusia Soviet había sido retirado de Armenia y que las tropas bolshevistas de Georgia habían recibido también la orden de evacuar». Desde luego que no había tales tropas bolsheviquis en Georgia, y los testigos presenciales que acaban de llegar de Tiflis me informan que las tropas bolshevistas en Armenia no eran de Rusia, sino de Baku. Fueron los obreros radicales rusos y armenios que trabajaban en las minas petroleras de Azerbaijan los que efectuaron la revolución en aquel país y los que al momento se constituyeron en una fuerza armada Soviet para uso de la Transcaucasia.

El golpe más serio para los antibolsheviquis en la defección de Azerbaijan fué, sin embargo el hecho de que una prosperidad relativa siguió a la soviétización de Azerbaijan. Mientras los ingleses durante su ocupación de la Transcaucasia, entre Noviembre de 1918 y Julio 15 de 1920, habían mantenido cerrados los pozos de petróleo de Baku, con el fin de quebrantar a los dueños de las tierras petroleras hasta obligarles a vender sus títulos por una bicoca a los capitalistas británicos, Soviet Rusia abrió de nuevo los campos petrolíficos y 60.000 obreros desocupados y descontentos pudieron otra vez ganar lo suficiente para vivir. Por supuesto que la Rusia Soviet se beneficiaba con el petróleo; pero el ejemplo concreto de la prosperidad material sucediendo a la adopción del sistema Soviet les valía más a los comunistas que el petróleo. Era el petróleo de la propaganda eficiente, y los agentes rusos esparcidos por toda la Transcaucasia no perdieron ninguna de las venta-

LA CARICATURA MUNDIAL



El sol naciente del Japón. (El Tío Sam ve alzarse bruscamente ante él el mandato del Japón sobre la Isla de Yap... demasiado cerca de Filipinas). — (De «Daily Mail», Nueva York).

jas dialécticas que este hecho les daba. En una Armenia sin otro alimento que el suministrado por la caridad americana; sin medios adecuados de defensa contra sus enemigos seculares, los turcos; sin instrumentos agrícolas, ni bestias de trabajo; ni ningún otro medio de rehabilitación material; abrumada con casi la mitad de un millón de patéticos e inermes refugiados de la Armenia Turca, cuya presencia empobrecía más a una tierra ya exhausta, una propaganda de esta naturaleza tenía por fuerza que resultar irresistible. Independiente desde 1918, reconocida por los Estados Unidos como un gobierno de facto, en Abril 23 de 1920, los armenios, con una paciencia y una fe asombrosas en las promesas de los Estados Unidos y de la Europa Occidental, se habían resistido a toda influencia comunista. El pronunciamiento categórico de Mr. Colby en Agosto 11 de 1920, con respecto a «Finlandia propiamente dicha, la Polonia étnica y aquellos territorios que puedan, mediante acuerdo, formar parte del Estado de Armenia», y que «las aspiraciones de estos países a su independencia son legítimas», parecían abrir perspectivas definitivas de la ayuda material tan urgentemente necesitada y pedida.

En aquella misma hora, sin embargo, los nacionalistas turcos estaban preparando una ofensiva contra la República de Armenia. Las súplicas de ayuda enviadas hora tras hora por el gobierno armenio, sólo provocaron frases bonitas. A últimos de Octubre dió comienzo el ataque. En Noviembre 4, cayó Kars, y el victorioso ejército turco avanzó por toda Armenia casi sin hallar resistencia. La lección era decisiva: Azerbaiján había prosperado al adoptar el comunismo. Por luchar contra el comunismo, Armenia había sido destruida. Por consiguiente, en Diciembre 6 el proletariado de Armenia se levantó en masa contra un gobierno cuyos mejores hombres empleaban la mayor parte de su tiempo en París o Gi-

nebra o San Remo o Londres, corriendo tras el Consejo Supremo, e impetrando una ayuda que nunca llegaba. La República Soviet de Armenia fué proclamada.

Quedaba sólo Georgia. Con respecto a Georgia, la presión de la penuria y la anarquía económica nunca había sido tan grande como en el caso de Azerbaiján y Armenia. Había también — es cierto — varios cientos de miles de refugiados en Georgia, la mayor parte antibolsheviks fusos, que habían huido a Tiflis con el dinero que se pudieron llevar; no productores, inútiles igualmente para la paz y la guerra. Pero Georgia tiene dos salidas al mar, en Batum y Poti, y cierta cantidad de provisiones y demás cosas necesarias podían obtenerse del mundo occidental. Es verdad que los georgianos estaban apurados de dinero y que su papel moneda, careciendo de valor fuera de Transcaucasia, los ponía en dificultades para pagar lo que necesitaban del exterior.

Pero Georgia produce el mejor manganeso del mundo, y el manganeso goza de gran demanda: el manganeso, por consiguiente, servía de prenda para adquirir alimentos y materiales de primera necesidad. Georgia no había constituido, como Armenia y Azerbaiján, la frontera misma y el campo de batalla en la guerra de 1914 a 1920. Las tropas que regresaban procedentes del desbandamiento del ejército ruso del Cáucaso, que avanzó hacia el Norte después de la revolución bolshevik de 1918, arrasándolo todo a su paso, no habían entrado en Georgia, en tanto que acabaron con todo cuanto la guerra había dejado en pie en Armenia y Azerbaiján. Georgia tenía también un ferrocarril, que enlazaba el interior con el Mar Negro y, a través de Azerbaiján (cuando ocurría que los dos países estaban en paz) con el Caspio. Las pocas industrias que los rusos habían establecido en la Transcaucasia, estaban en Georgia, Tiflis, una ciudad de un cuarto de millón antes de la guerra, aumentada hasta casi un millón por la inmigración de los refugiados, ostenta orgullosa luces eléctricas, tranvías eléctricos, factorías, molinos, un gran teatro de Opera, un ballet ruso y calles excelentemente pavimentadas y trazadas. Cuanta prosperidad había escapado a la furia de la guerra en Transcaucasia, tenía su centro en Georgia.

El gobierno, aunque se trataba de una república socialista, estaba lejos de ser bolshevik. Algunos de los más cultivados y capaces políticos de la Rusia imperial formaban parte del gobierno de Georgia, y eran lo bastante inteligentes para saber que el socialismo estaba en boga y aceptar la corriente socialista. Grandes propiedades fueron confiscadas. Las minas de manganeso y la cosecha de gusanos de seda, que constituían juntas las fuentes principales de rentas sobre las exportaciones, fueron nacionalizadas y el producto de las ventas destinado a la compra de provisiones por el gobierno georgiano. Los grandes clubs privados les fueron abiertos a todos los habitantes por unos cuantos centavos de entrada. Un asiento en la ópera costaba sólo ocho centavos, y todo el mundo concurría. En suma, un enorme esfuerzo se había hecho en Georgia para satisfa-

LA CARICATURA MUNDIAL



El Júpiter de Moscú, según le pintan los socialistas amarillos de Italia. — (De «Il 420», Florence, Italia).

cer las demandas de los elementos más radicales, mientras al mismo tiempo se mantenía una forma de gobierno con el que las naciones de la Europa Occidental consintieran en tratar.

El presidente Jordania, con su largo record de servicios a la doctrina de Karl Marx, les inspiraba confianza a los radicales, en tanto que Eugenio Gueguechekosi, un joven de notable cultura y cosmopolitismo, que actuaba de presidente, durante la enfermedad casi permanente de Jordania, trataba con las varias misiones europeas de acuerdo con las mejores tradiciones de la diplomacia occidental. David Ghambashidze, plenipotenciario de Georgia en Londres y París, era un hombre de mundo que inspiraba mucha confianza en la estabilidad de su gobierno y el buen sentido de sus compatriotas. Hasta los mismos reaccionarios franceses apenas podían hacerle ascos a un gobierno en que el príncipe Napoleón Murat, un descendiente por línea directa del mariscal de Napoleón y primo hermano del príncipe Joaquín Murat, Senador de Francia, ocupaba un alto cargo en el ministerio del Exterior.

Había, por consiguiente, toda clase de razones para que las Potencias europeas — desde su punto de vista — hicieran cuanto pudiesen para ayudar al gobierno menshevique de Georgia a mantenerse en pie, y ninguna para que se dejase a Georgia ser arropada por la ola creciente del comunismo. Sin embargo, nada hicieron. Toda la política, cada uno de los actos de Inglaterra, Francia e Italia en Georgia — desde el comienzo de la ocupación inglesa, inmediatamente después del armisticio en 1918 y subsiguientemente a la partida de la misión alemana en la Transcaucasia, en Octubre 12 de 1918, hasta la retirada final que de mala gana hicieron las tropas inglesas en el pasado Julio — obedeció al propósito de explotar el país hasta el máximo, reduciendo al gobierno y al pueblo a un grado de miseria tan desesperante que esta explotación en grande escala pudiera llevarse a cabo a un costo menor y con mayor velocidad.

La rudeza con que la República de Georgia y el pueblo georgiano fueron maniatados y saqueados, es casi increíble. Había tres misiones aliadas en Tiflis cuando llegamos nosotros en el verano de 1919: franceses, italianos e ingleses, todos nadando en la abundancia. Estaban allí, deslumbrantes en sus uniformes bélicos — banqueros, agiotistas, ingenieros, gentes que no habían visto un cañón en su vida y cuyos galones de general tenían aún el brillo de lo nuevo — para abrumar a los nativos con la impresión de su importancia y autoridad. Su negocio consistía en la pesca de concesiones — franquicias mineras, privilegios sobre aguas, concesiones ferroviarias, contratos municipales, colocación de empréstitos en todo, todo lo que no estuviese asegurado con clavos. Por el logro de su independencia, Georgia tenía que empeñarse toda, hasta el último botón, por los siglos de los siglos, mediante un método casi idéntico, de inversiones protegidas de capital extranjero, al que usó Venizelos para hipotecar a Grecia como precio de su continuidad como jefe del gobierno.

Las grandes minas de cobre de Alaverdi, en la provincia de Borchalo, al Sur de Tiflis, eran el premio mayor. No bien las misiones aliadas llegaron a Georgia, sus intrigas para entrar en posesión de esta valiosa propiedad provocaron una guerra de diez días entre Armenia y Georgia, guerra que el general Sir W. Ryeroff terminó declarando a Borchalo zona neutral. Los franceses acto seguido consiguieron las minas de los armenios, pero los ingleses pararon el golpe, adjudicándole el distrito en disputa — minas y todo — a Georgia, sin conocimiento de los franceses. Fué esta situación anómala — en la que las pasiones nacionalistas habían sido inflamadas artificialmente desde fuera — la que llevó finalmente a las hostilidades entre la Armenia Soviet y Georgia, que acaban de terminar con la soviétización de Georgia.

Procedimientos semejantes fueron seguidos por las misiones aliadas al disputarse las minas de manganeso de Mingrelia, las vegas de tabaco de Sukhum, las huertas de seda de Kutais y todo lo demás de valor, actual o potencial, en la República de Georgia. Andaban a la rebatía, cada misión burlándole la presa a su vecina, y todas intrigando, embaucando, sobornando con la oferta de su influencia en las Conferencias de la Paz para obtener ventajas comerciales, o amenazando con la partición de Georgia y su adjudicación a los demás Estados de la Transcaucasia para impedir que alguna concesión fuese a parar a manos de interesados rivales. La especialidad de los ingleses eran los empréstitos. Un general de brigada representaba una casa de financistas bien conocida de Londres, con el plan de atar a Georgia mediante alguna forma de hipoteca perpetua, similar al acuerdo anglo-persa de Agosto de 1919. La especialidad de los franceses eran las minas, al paso que los italianos, con el ojo puesto en un inmediato zafarrancho, vendían rifles, municiones y zapatos capturados a los austriacos a georgianos, armenios y azerbaijanos sin distinción, con la mira de equipar ejércitos en cada país que pelearan con los otros.

Y en este proceso de explotación, el rublo transcaucásico (basado, después de todo, en cimientos tan sólidos como la libra, el franco o la lira) era sistemáticamente depreciado por la acción con-

LA CARICATURA MUNDIAL



EL BAUTISMO DE SANGRE DE HUNGRÍA

La Entente asesinando al Gobierno Soviet del pueblo húngaro para sustituirlo por la hiena sedienta de sangre que se llama almirante Horthy, regente de Hungría. (De «Notenkraker», Amsterdam.)

certada de tres grandes Potencias, hasta que su valor en plaza llegó a ser casi nulo. Entonces, con sus libras, francos y liras papel, alquilaban jornaleros al precio de un dolar mensual y despojaban a un pueblo hambreado y desesperado de sus últimos artículos de lujo y uso personal, tales como joyas, alfombras, pieles, vajilla, que los georgianos se veían forzados a vender por pan. En Batum conté yo sesenta fardos, cada uno de diez valiosísimas alfombras persas, que un oficial aliado había comprado y remitía a su país. Las había pasado sin pagar un centavo de derechos, con sólo su declaración de que eran sábanas del ejército!

Con tales oportunidades de «hazte rico pronto», tales como ésta a su alcance, ninguna de las naciones europeas deseaba ver a Georgia restaurada mediante el anticipo de créditos adecuados para poner a la pequeña república en condiciones de comenzar a desarrollar sus riquezas. Y para resistir, en la medida posible, los esfuerzos que estos avanzados agentes de la civilización hacían para despojar a su país de los últimos recursos en que ha de confiar para ser admitida en una base práctica en los mercados del mundo, los georgianos se veían obligados a ir cediendo poco a poco, una concesión aquí, una franquicia minera allá, o un contrato municipal, o una orden para material rodante de ferrocarriles. Y a cada franquicia obtenida, la avidez de los explotadores crecía más y más.

El dinero para permitirle al gobierno georgiano pagar su ejército, dar trabajo a sus desocupados y descontentos obreros y disminuir los impuestos ruinosos, era regateado siempre un poquito más, para dar tiempo a que alguno que otro especulador retrasado hincase el diente. Es la misma política que las potencias aliadas han venido siguiendo con respecto a todas las naciones pequeñas, desde Polonia y Grecia hasta Arzerbaiján y Siam, desde el armisticio para acá.

En el caso de Georgia, que es meramente típico, la gallina estaba poniendo los huevos de oro.

Pero los representantes de la Europa Occidental estaban ciegos ante los crecientes millares de georgianos que no sabían de donde les había de venir la próxima comida. Yo vi familias que habían conocido la opulencia — y que no habían conocido nunca otra cosa — arrojadas a la calle porque no podían seguir pagando un alquiler de cinco dólares por mes. Y cuando fui donde el casero a protestar contra tal crueldad, le encontré viviendo en una casa grande, de la cual había estado sacando poco a poco los muebles, los manteles, la vajilla, habitación por habitación, para no morir de hambre.

Era una cosa horrible, grotesca, estupenda. El país estaba rico, el pueblo deseoso de trabajar. Tenían su salida al mar (cuando los ingleses se resolvieron al fin a retirarse de ella) para embarcar sus productos, y sus productos gozaban de una gran demanda en los mercados mundiales, y sin embargo, por un plan de expoliación — un estúpido plan que mató la gallina de los huevos de oro — se le robaba al país, en lugar de ayudársele a ponerse en pie. Lo mismo, exactamente lo mismo, que le sucedió a Grecia, a Polonia, al Austria, a Servia, a Siria, a Persia... y que le sucedería a Turquía si Mustafá Kemal lo permitiera.

En Georgia, por supuesto, esto no podía durar. La Rusia Soviet estaba demasiado a la mano. El comunismo podrá no ser deseable, pero para muchos es preferible a la esclavitud económica. Allí estaba, muy cerca, el ejemplo de Azerbaiján, en el que el paso al comunismo, huyendo de la explotación de la Europa Occidental, había significado prosperidad. La paciencia de los georgianos se había agotado. Después de tres años de espera, el Consejo Supremo aliado reconoció al fin a Georgia como una nación independiente de jure.

Era ya demasiado tarde. La operación fué buena... pero el paciente se murió.

VOCES AMIGAS

CUASIMODO. — *Revista decenal que acaba de aparecer bajo la competente dirección de Julio R. Barcos y Nemcsio Canales.* — Buenos Aires.

Es revolucionaria, antiparlamentaria, en contra de todo estrechismo ideológico, y viene a humanizar los principios filosóficos de la Revolución Social.

Humanizar entiende universalizar, generalizar, desbordar. Es una labor digna de los compañeros que la dirigen, pero que se estrella en contra del encanallamiento y del idiotismo de los pseudos revolucionarios.

Y ello se perfila con la declaración que el propio Barcos está obligado a hacer en el segundo número, declaración que hubiéramos suscripto nosotros también si nos habríamos

acercado a Barcos; la hubiéramos suscripto porque ello encierra una clara visión de la realidad del presente, y porque así decíamos... así decimos... así diremos...: «No nos sentimos vinculados ni por afinidades de cultura mental, ni por simpatía de ninguna clase a tales elementos cuya labor de propaganda consideramos francamente perjudicial, reaccionaria y disolvente dentro del Campo Revolucionario».

Nuestros votos solidarios de larga siembra de ideas y de sentimientos.

«*Vía Libre*», — Buenos Aires.



EL TRABAJO

DIARIO DE LA MAÑANA

Aparecerá en breve
en **BUENOS AIRES**

PROPOSITOS

EL TRABAJO será un defensor incondicional y valiente de la unidad proletaria.

La unidad de los trabajadores será prestigiada sobre base antiestatales y apolíticas.

Prestigiará el criterio de que tanto los sindicatos adheridos a la F. O. R. A. Comunista, a la F. O. R. A. del XI y los Autónomos, deben acatar la soberanía del Congreso de Unidad.

El diario prestigiará la revolución rusa, defendiéndola de los ataques y calumnias burguesas, reformistas y las de los doctrinarios cristalizados.

Desde sus columnas el diario hará escue-

la de sindicalismo, entendiendo que en el país está detractado por unos y hecho una amalgama informe por otros.

El diario no admitirá en sus columnas, bajo ningún concepto, polémicas personales, chismes ni nada que menoscabe los altos intereses proletarios.

Aconsejará a los sindicatos la adopción, en sus luchas y hasta en su funcionamiento administrativo, de los métodos y medios más modernos y progresistas.

Combatirá despiadadamente la falta de disciplina y cohesión en las batallas del proletariado.

**Unificación
Proletaria**

Actualidades

Sindicalismo

PROBLEMAS AGRARIOS

**Profesorado
y Estudiantes**

COMUNISMO

LEALO & & SUSCRIBASE

CVASIMODO



A nuestros agentes y suscritores

Rogámosles envíen desde hoy en adelante sus giros y correspondencia al nombre impersonal del Administrador de "CUASIMODO" Cangallo 3047.

CUASIMODO en el exterior

Las personas que quieran encargarse de la venta de nuestra revista en los países del Continente, deben dirigirse al **Administrador de "CUASIMODO"**, enviando por anticipado el importe de sus pedidos, descontando el 30 o/o. Serán inmediatamente atendidos.

Combinación aprovechable

Si usted nos envía, desde cualquier lugar de la República, \$ 4, le remitiremos por seis meses, nuestra revista y además la reputada revista "INSURREXIT" que editan los estudiantes universitarios. Para el exterior, \$ 2.50 oro.

CUASIMODO

REVISTA DECENAL

Editores: JULIO R. BARCOS Y NEMESIO CANALES



Dirección y Administración: CANGALLO 3047

Precio de suscripción: \$ 3, semestre — Ejemplar: 20 centavos. — Atrasado: 40 centavos

Exterior: \$ 4.50, semestre — Ejemplar: 30 centavos moneda argentina.

CRONIQUELLA INTERNACIONAL

Por NEMESIO CANALES

Cambio de cinta

En la pasada decena comenzamos nuestra crónica con las reparaciones. Las reparaciones eran el tema del día, el asunto que ocupaba las columnas, de cal y canto, de la prensa matinal.

Pero al asunto de las reparaciones le ha salido una posdata que lleva trazas de ser más larga que la carta. ¿Cómo se llama esta posdata? La cuestión de la Alta Silesia, película de más movimiento que la anterior. Hace en ella de héroe un tal Korfanty, quien, aburrido de esperar que la región silesiana se le entregase graciosamente a Polonia, como era de esperarse después de un plebiscito en que le había tocado a Alemania, sacó el sable y echó por la calle de enmedio, resuelto a no dejar titere con cabeza hasta no salirse con la suya: todo a estilo polaco.

Francia, o aquella parte de Francia que usa casco fo-chiano, sucesor del casco prusiano, miraba complacida la barrabasada polaca (sabía combinación elaborada por la diplomacia de ambas naciones, madrina y ahijada, para reirse del plebiscito, adjudicándole a Alemania los votos y a Polonia la tierra), y mientras los italianos de la Misión interaliada, no queriendo ser cómplices del desaguisado korfantiano, caían bajo las balas polacas, y los ingleses hacían causa común con los italianos, los soldados franceses fraternizaban con las hordas polacas y hasta sus mismos generales alentaban abiertamente a los autores del golpe de mano.

Así iban las cosas... cuando he aquí que aparece un nuevo personaje en escena. Es nuestro conocido y admirado acróbata inglés, el gran Lloyd George. ¿Qué hace Lloyd George? Se va derecho a la Cámara de los Comunes y allí, ¡oh sorpresa!, condena como una odiosa fechoría el golpe franco-polaco y dice ¡horror! que hay que jugar limpio con Alemania y que si el tratado de Versalles se ha aplicado en contra de ésta, no sería decente dejarlo de aplicar en lo que la favorece.

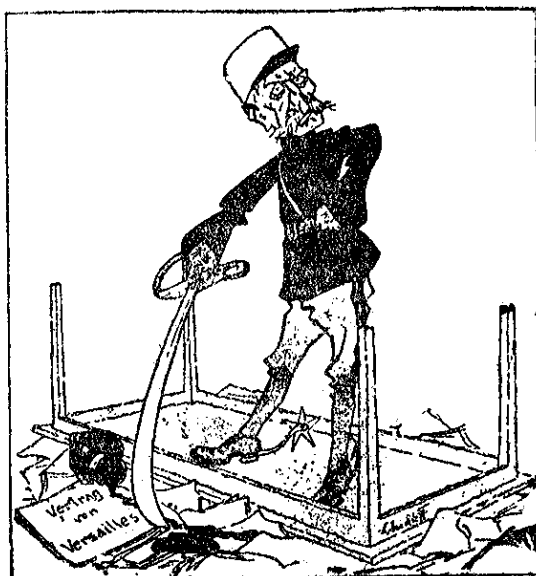
Y no bien hubo acabado Lloyd George su catilinaria, los diarios franceses, que hasta ayer mismo se habían pasado los días y las noches cantándoles las más diátrambas loas a él y a Briand, cuando ambos cofrades se juraron amor eterno al pie del ultimátum contra Alemania, prorrumpieron a coro en las más envenenadas diatribas contra nuestro hombre, llamándole desde «traidor» hasta «germanófilo». ¿Germanófilo? Sí, señores; así como suena. Si dudáis, a «La Prensa» de ayer, 15 de Mayo, me remitito. Era cuanto nos faltaba que ver en este mundo loco que siguió a la guerra: ¡Lloyd George calificado de germanófilo! ¿Verdad que es gracioso? Pero así es, así ha sido y así será siempre, por los siglos de los siglos, el mundo monstruoso del capitalismo. Inconsecuente, impulsivo, atrabiliario, feroz, dispuesto a condenar hoy lo que ensalzó ayer, sin otro instinto propulsor que la gula. ¿Cómo va a ser de otro modo, si no tiene otra filosofía, otra norma que ajuste el ritmo de sus actos, que la del lucro particular, el beneficio de cada uno para cada uno? ¿Qué

otros frutos puede dar esta filosofía de gorilas que los que está dando?

Por un momento les véis unidos, abrazados estrechamente, en la más íntima y edificante comunión de pensamiento. Y os parece que aquello es la paz. Pero ¡ay! no es la paz. Es simplemente una reunión de lobos que están en acecho de algo que comer, de algo que repartirse. Pero aquel mismo apetito que los une un momento los desune un momento después. Basta que sobrevenga un incidente cualquiera que encienda la chispa de los celos — latente siempre allí donde no hay otra cosa que hocico y mandíbulas — para que el aparente concierto de voluntades suceda un concierto de gruñidos... y a Dios que reparta suerte.

¿Se romperá la Entente? — se pregunta alarmadísimo un corresponsal. Claro que sí, señor; claro que sí. Si no se rompe hoy, lunes, por culpa de Korfanty, se romperá mañana, martes, por culpa de cualquiera otro. No es necesario ser profeta para ver que el imperialismo francés, aquejado por la loca ambición de salvar su vida agonizante mediante una transfusión de la poca sangre que aún le queda a Alemania, no puede seguir ni un día más arrastrando en su vertiginoso correr de fiera herida al imperialismo inglés. Los dos imperialismos tienen hoy intereses contrapuestos. Al francés le conviene que haya ca-

LA CARICATURA MUNDIAL



Al fin de las discusiones (Del «Kladderadatsch», Berlín).

morras incesantes en Europa para hacer de Pepe el Tranquilo, y, con ayuda de Polonia, no dejar mina que no haga suya. Al inglés, por lo contrario, le conviene una Europa pacificada con la cual comerciar, pues sólo así podrá dedicarse, ya sin líos y revueltas exteriores, a hacer frente a sus líos y revueltas interiores, y, sobre todo, a buscarles donde ganar un bocado a sus innumerables trabajadores sin empleo.

Las últimas noticias

Las últimas noticias no son nada tranquilizadoras. Júzguese por este despacho que recorto de «La Razón»:

LONDRES, Mayo 16 (United). — Las más serias divergencias desde la firma del armisticio están surgiendo a causa del conflicto de Alta Silesia.

En «Downing Street» y en «Quai d'Orsay», Lloyd George y Briand exponen opiniones diametralmente opuestas. Tanto Francia como Inglaterra se hallan afeerradas a políticas irreconciliables.

El afiebrado intercambio de correspondencia, indica la gravedad de la situación.

En los círculos oficiales de esta capital, se admite que la Gran Bretaña está aumentando sus sentimientos anti-polacos y que miró sin mayores comentarios los acontecimientos, cuando Pilsudski amenazó la paz de Europa, atacando a Rusia y Ucrania, simultáneamente. Además, se recuerda que Briand no actuó siquiera cuando Zeligowski tomó posesión de Vilna, y los funcionarios del ministerio de relaciones han declarado, enfáticamente, que un tercer «fait accompli» no sería tolerado tranquilamente.

Se hace notar que Korfanty ha presentado excusas inaceptables, para rechazar el desarme.

Pero... ¿habrá guerra?

No; no creo que la haya. Ni Francia ni Inglaterra están hoy en condiciones de irse a las manos. Francia tiene soldados, quizás, pero no tiene dinero. Inglaterra tendría el dinero, quizás, si se empeñase en ello, pero no tiene los hombres. Cualquiera de las dos, o las dos juntas, le dan un susto todavía a cualquiera nacioncilla de poco más o menos que convenga desplumar, pero ellas entre sí no pasarán por ahora de los gruñidos. Más tarde... puede ser, pero ahora no. Aún están convalecientes de la última.

Aunque, si bien se mira, no hay que estar del todo tranquilos. Porque hay una razón de peso, una razón tremenda para que sobrevenga esa guerra. Y es ésta: que la tal guerra ahora sería una insensatez. Y como estos gobiernos imperialistas no saben hacer más que insensateces... saque la consecuencia, usted, lector.

La próxima guerra

Y ahora que hablo de guerras. Un americano acaba de publicar un libro con ese título: «La próxima guerra». Mr. Irwin, que así se llama el americano, ha hecho un estudio concienzudo de todas las formas de guerra hasta hoy conocidas, desde las conquistas primitivas de pueblos pacíficos por hordas belicosas, hasta los programas, meticulosamente planeados, de *expansión* y *penetración* que suele poner en práctica el imperialismo capitalista de hoy: «La próxima guerra» — dice Mr. Irwin, — «será una guerra de tanques blindados y grandes bombas explosivas, de flotas de aeroplanos y bombas de gases que harán tales estragos, que hasta las matanzas de Verdun han de parecer, en comparación, como escaramuzas de flechas y hondas». Y luego viene una descripción de los efectos pavorosos de dos gases asfixiantes recién descubiertos. Leer este libro, y pensar que vivimos perennemente al borde de la guerra, porque sin la guerra no hay expansión comercial, y sin la expansión comercial no hay eso que llaman florecimiento de las industrias nacionales (o sea, florecimiento de los dueños de las industrias nacionales a expensas del enflaquecimiento

de los demás habitantes del pueblo o nación) y sin el florecimiento de las industrias nacionales quedaría sin efecto la finalidad máxima del divino sistema capitalista... es para morir de espanto y de vergüenza. De espanto y de vergüenza de este mundo de pesadilla en que aún nos atrevemos a hablar de humanidad y de civilización.

La sensación del día

Pero... doblemos la hoja. Hablemos de cosas alegres. A ver, a ver qué hallamos en los cables de «La Razón», que tenemos a la vista. ¡Ah! sí; aquí está ya una nota de *sport*, de diversión. Leamos:

NUEVA YORK, Mayo 16 (Associated). — El campeón de box de Europa, Carlos Carpentier, llegó hoy a ésta, preparado para dar comienzo a su entrenamiento para el encuentro con el campeón del mundo, Jack Dempsey».

¡Qué! ¿No os alegráis? A estas horas hay millones, miles de millones de seres humanos en todo el mundo, electrizados de entusiasmo ante la sabrosa perspectiva de estos descoyuntantes bofetones. Ya desde hoy el mundo se podrá caer a pedazos sin que nadie se dé por enterado: todo cuanto ocurra es pequeño. Están en el proscenio Dempsey y Carpentier, y no hay ojos para nada más.

Es el *sport*, lector, el gran *sport*. Culto del dinero, culto del caballo, culto de la escopeta de caza, culto del bofetón. Todo es uno y lo mismo. Todo es ancestralismo, incultura, barbarie. Puro producto de la filosofía cavernaria de la vida que aún está en boga en parlamentos y universidades.

Sólo existe hoy un lugar en el mundo donde no tendrán eco los grandes bofetones de Dempsey y Carpentier. Ese lugar es Rusia. Y es que allí la filosofía que hace del hombre un medio, y de la propiedad una diosa famélica y feroz, y de las más puras relaciones humanas un comercio indecente, ha desaparecido, para dar paso a un nuevo concepto de la vida, que hace del hombre un fin, de la propiedad una esclava del hombre, y de las relaciones humanas un perenne y glorioso festín.

LA CARICATURA MUNDIAL



EN LA ALTA SILESIA

EL OBRERO POLACO; Aunque te pegaras a esta tierra mía, no ya con dos manos, sino con cien manos, todavía te arrancaría para mandarte, con mochila y todo a Berlín». (De «Mucha», Varsovia).

Figuras del proscenio

ROBERT SMILLIE: UNA DE LAS FIGURAS MAS NOBLES DEL DRAMA SOCIAL DE HOY

George Lansbury, director del ya famoso diario obrero de Londres «The Daily Herald», escribe acerca de él, con fecha reciente, lo que sigue:

«Robert Smillie ha renunciado su puesto de presidente de la Federación de Mineros de Inglaterra. Esta es una nueva muy mala, no sólo para los mineros, sino en general para el movimiento obrero y comunista en todo el mundo.

Cualesquiera que sean las causas que han dado lugar a su renuncia, — mala salud, la fatiga de los años, u otra razón semejante, — su salida en este momento es una pérdida tremenda. Se va en un instante en que el valor y estoicismo de su clase van a ser puestos a prueba de un modo nunca visto. Sería una suerte que los mineros pudieran reemplazarle con otro luchador de su talla, pues nunca como ahora se necesita en las avanzadas obreras hombres que no tengan miedo de decir en voz alta lo qué piensan y a quienes ni la adulación ni el ataque puedan desviar de su camino.

Nadie, — ni hombre ni mujer, — de nuestro tiempo ha servido a la clase obrera con más bizarría, y con una devoción más desinteresada por un gran ideal, que Robert Smillie.

La historia industrial de los últimos veinticinco años lleva el sello de su insuperable actuación. Desde la edad de catorce, hasta ahora que cuenta sesenta y dos años, ha sido siempre un obrero primero, en un astillero, luego bajo tierra en las minas, y finalmente sobre tierra, trabajando noche y día en el servicio, no de sí mismo, sino de la clase de donde salió. Tanto él como su esposa han vivido siempre satisfechos de permanecer en la clase obrera y de la clase obrera. Su casa, en Larkhall, no es ni más ni menos que una morada obrera: la pequeña casa de campo donde residían en los días de vacaciones, era una casa de campo obrera. No importa el salario que se le pagase, él seguía siendo lo que siempre había sido, uno de los trabajadores. Y es esto lo que a mi juicio le hace destacar como uno de los más grandes hombres de nuestra época; para él y para su esposa la clase de atmósfera que se impone a muchos de nosotros y que nos saca de las filas de la clase, carecía de todo atractivo.

El hecho de que como candidato al Parlamento fuese un completo fracaso, no dice nada en su contra, pues en estos días el entrar en el Parlamento significa mucha subordinación de sí mismo y de las ideas de uno acerca de la vida. Nadie se imagina

por un momento que un candidato obrero, o un miembro obrero del Parlamento, no sea una persona digna, pero todos no somos de la misma madera, y Robert Smillie está hecho de la clase de material que no sabe de transacciones, ni de palabra ni obra... a menos que la transacción sea proclamada y que a todo el mundo se le haga entender la razón para la misma.

El deja ahora la Federación. Consigo se llevará la memoria del trabajo excelente que ha hecho y de los buenos deseos de todos los miembros de la Federación. Y para nosotros que estamos fuera y que le conocemos sólo como amigo y camarada, sólo nos queda rogar y esperar que tanto él como su buena esposa tengan aún muchos años que dar al servicio de la causa. De un modo o de otro, queremos seguir teniendo en él al *leader* e inspirador. Queremos que esté con nosotros y nos ayude, en estos días de prueba, a mantenernos firmes en la lucha por la verdad y la justicia.

Otras notas sobre Smillie

De una carta que el corresponsal del mismo periódico escribe desde Glasgow, sacamos otras noticias interesantes acerca del simpático caudillo. Dice el corresponsal: «Una de las razones que, según se dice, han influido en la decisión de Smillie al presentar su renuncia, es su deseo de no salir de Larkhall, la aldea minera donde ha venido residiendo por más de cuarenta años.

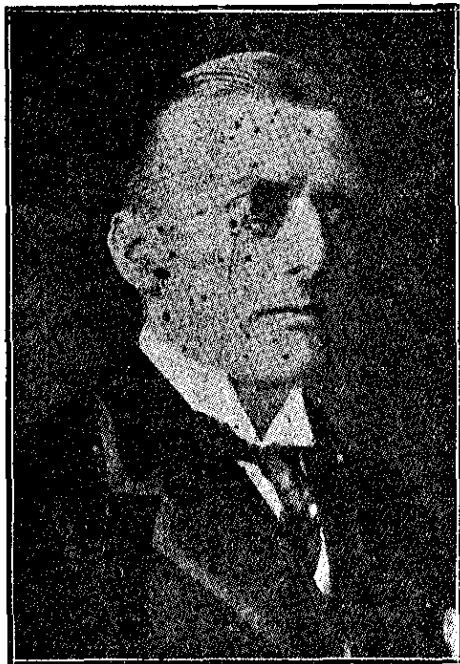
«Cuando aceptó el puesto de presidente permanente de la Federación, fué en la inteligencia de que viviría cerca de Londres. Esta cuestión ha vuelto a surgir ahora, debido a la frecuente necesidad de consultas personales. Smillie, sin embargo, prefiere permanecer en Larkhall.

«Aparte de esto, el *leader* de los mineros ha estado siempre demasiado abrumado de trabajo y desea descansar. El estaría contento con hallar una oportunidad de dedicarse a la jardinería, que le gusta mucho. El es también un lector incorregible y aspira a que se le deje en paz ahora para tener tiempo de leer su ya enorme colección de libros, pues nunca ha tenido tiempo bastante para esto, a causa de sus constantes y absorbentes ocupaciones. En su biblioteca figuran obras de William Morris, al estudio del cual espera dedicarse con preferencia.



LLOYD GEORGE: SU PECULIAR SITUACION POLITICA A CAUSA DE LA SALIDA DE BONAR LAW

(De «The New Statesman»).



MR. AUSTEN CHAMBERLAIN, que ha sucedido a Bonar Law en la jefatura del Partido Unionista, el más conservador de Inglaterra. (Léase a continuación el magnífico artículo acerca de Lloyd George, que reproducimos de «The New Statesman»).

La desaparición de Mr. Bonar Law, sea o no permanente, da lugar a una situación, en el mundo de la política inglesa, mucho más crítica de lo que muchos están inclinados a admitir. Los partidarios del gobierno se hallan naturalmente ansiosos de ponerle la mejor cara posible al asunto; al paso que la oposición se manifiesta algo indecisa, no atreviéndose a contar los pollos antes que hayan salido del cascarón. En el discurso que pronunció Mr. Austen Chamberlain, sucesor de Bonar Law en la jefatura del partido Unionista (el más conservador de los partidos ingleses. N. de R.), al notificársele oficialmente esta designación en el Club Carlton, se negó a hablar sobre el porvenir de los partidos. «Las tradiciones, — dijo, — de los dos grandes partidos ingleses, son necesarias en esta hora de grandes crisis». Sin duda, después de esta frase el orador se detuvo en espera de aplausos, pero como en la reseña de aquel acto que tenemos a la vista no se consigna nada al respecto, podemos inferir que, de todos modos, si hubo tales aplausos, éstos no fueron muy ruidosos. Y, en verdad, ¿por qué había de aplaudirse? En la actual coyuntura el rendirle tal homenaje verbal al principio de la Coalición, es más significativo que lo hubiera podido ser la ausencia de toda alusión al tema. Pues — como todo el mundo sabe, — la gran mayoría de los partidarios de Mr.

Chamberlain ya no se sienten en manera alguna coalicionistas. Lo más chocante del caso es que Mr. Bonar Law era quizás el único coalicionista de corazón que había en el partido unionista... y se ha ido.

El «Spectator» traía, hace una semana, un artículo — evidentemente escrito antes que la noticia de la renuncia de Bonar Law se hiciera pública, — de un carácter algo alarmista con respecto a la situación actual del partido unionista. «El partido unionista, — declaraba, — está en una situación muy peligrosa. La sangre le viene siendo chupada por un Primer Ministro que no es unionista, y por un gobierno en el que la mayor parte de sus elementos más activos e importantes, o no son unionistas, o se hallan de tal manera bajo la sugestión del Primer Ministro, que no puede considerárseles ya como unionistas, sino más bien como *Lloydgeorgistas*.

Su situación (la del partido), sólo puede calificarse como de una total servidumbre política».

El artículo en cuestión continuaba abogando por la reorganización del partido, «sobre bases de principios definidos, de modo que un hombre pueda consagrarle toda una vida de honrosa adhesión». El «Spectator» no puede, desde luego, ser considerado como un órgano representativo del unionismo. Pero no puede negarse que, en este asunto especial al menos, habla en nombre de una gran fracción, probablemente la mayoría, del partido unionista, que ha tenido gran satisfacción en hacer uso de los talentos de Mr. Lloyd George, pero que ahora tendría una satisfacción aún mayor en librarse de él, si se atreviera. Se ha especulado mucho en los círculos políticos durante los últimos meses a base de la tácita suposición de que Mr. Lloyd George puede — siempre y cuando se le antoje, — asumir la jefatura oficial del partido unionista. Pero los sucesos de la semana pasada han demostrado que esta presunción es por lo menos prematura. Puede que no esté fuera del alcance del Primer Ministro el ganar acceso al sagrado recinto del Club Carlton, pero es evidente que si él tiene la menor esperanza de ser recibido allí con la leal confianza debida a un jefe de partido, tendrá que dar alguna prueba mucho más convincente que todas las que ha dado ahora, — o que, en nuestra opinión, es probable que dé jamás, — de su propia fidelidad a los principios e intereses del conservatismo. Pues el partido unionista es, en realidad, una institución nacional muy antigua, que puede, de tiempo en tiempo, hacer uso de hombres como Mr. Lloyd George, pero que nunca rendirá, definitivamente, ni sus designios, ni su organización, a nadie a quien no haya hecho completamente suyo.

La situación es, por consiguiente, muy difícil. Con la ayuda del flexible y sinceramente devoto Mr. Bonar Law, Mr. Lloyd George bien hubiera podido obtener la jefatura virtual del partido unionista, con

el control de la maquinaria de dicha organización por un buen número de años. Pero Mr. Chamberlain no es ni flexible ni devoto, y aunque quisiera no podría hacer el papel de su antecesor. Además, él ha entrado en las funciones de jefe en un momento en que la masa de sus partidarios está empezando a cansarse de lo que el «*Spectator*» llama su *servidumbre política*, y a recordar que posee una mayoría absoluta en ambas cámaras del parlamento, enteramente independiente del apoyo de sus aliados «liberales». Puede que Mr. Bonar Law los hubiera logrado persuadir de que no insistieran demasiado en su poder de *marcar el compás*, pero Mr. Chamberlain no tiene ni la influencia, ni siquiera la voluntad, quizás, de sucederle en tal gestión. Bien puede Mr. Lloyd George llorar la pérdida del que fue presidente de la Cámara, pues nunca ha habido un Primer Ministro que debiera tanto a un colega suyo como él a Bonar Law. Ha quedado como Sansón al perder su cabellera; sus cálculos le han fallado; tiene que renunciar a su puesto, o a su voluntad. Si no puede dominar a la mayoría que le mantiene en el poder — y es indudable que no podrá, — tiene que obedecer a ella. Es un dilema demasiado claro que a un hombre más pequeño le presentaría, quizás, muy poca dificultad. Pero es una virtud de Mr. Lloyd George el que sus sometimientos son siempre sometimientos verbales. Sea cualquiera la componenda o transacción a que condescienda, generalmente logra sacar a flote su independencia personal; y él posee cierta parcialidad intelectual que no sólo le mantiene aparte del unionismo, sino que le impide — salvo de una manera incidental y transitoria, — de llegar a ser instrumento de una política que no sea la suya.

En ese sentido, él es archi-contemporizador; en otro sentido, es incapaz de toda contemporización. Él es un egoísta auténtico que ama el poder sólo en cuanto significa jefatura. Es fácil predecir que nunca dirigirá ningún partido al que no pueda dominar. Nosotros apenas podríamos, quizás, dispensarle un elogio mayor. Pero hoy está en una posición extraordinariamente poco envidiable, ya que su verdadera influencia con el partido unionista es nula. No nos sorprendería nada, por consiguiente, que se resolviera a proponer la disolución del coalicionismo y a retirarse temporalmente.

Sin embargo, la situación del partido unionista no es menos difícil. Ese es el hecho que introduce un elemento de duda en el conjunto de la situación. Mr. Lloyd George no puede nada sin la organización unionista; pero la organización unionista puede menos sin Lloyd George. Hay señales, sin embargo, de que los unionistas no se dan plena cuenta de esto. Su gran éxito en las últimas elecciones generales les ha cegado — al menos a la mayoría de ellos, — ante el hecho de que el conservatismo tradicional, como una fuerza política de Inglaterra, está muerto. Si se hiciera un llamamiento al país en el que Mr. Lloyd George tomara parte como un adversario activo del unionismo — en cooperación con los actuales partidos de oposición, o sin ella, — no creemos que habría un sólo centenar de unionistas

en el próximo parlamento. El conservatismo como tal carece de todo influjo en los países democráticos del mundo. Aún estando las cosas como están, Inglaterra es el único país de Europa en que un partido conservador tiene siquiera ambiciones de subir al poder, y tan pronto como la cuestión se definiera, el conservatismo, aún en la misma Inglaterra, quedaría expuesto como la fuerza insignificante que en realidad es. Puede que haya porvenir para un partido *del centro*, pero es enteramente cierto que no existe ninguno para un partido conservador. Probablemente los directores del partido unionista se dan cuenta de esto, pero es evidente que la masa del partido no ha caído en ello, y es a la masa que le corresponderán las responsabilidades de una decisión inmediata. Ellos pueden decidirse a manejárselas sin Lloyd George... y en este caso, Dios los tenga de su mano. O bien, aunque parezca improbable, podrían tratar de conservar la Coalición... y en este caso la sentencia de muerte puede prorrogarse. Sin embargo, en cualquiera de los dos casos el partido laborista será el ganancioso. Con toda probabilidad habrá más de 200 diputados laboristas en el próximo parlamento. A algunos podrá parecerles extravagante esta predicción, pero otros la consideran como la cosa más natural. El mundo de la política tiende a ser, ahora precisamente, un mundo de ilusiones. El partido unionista posee una fuerza numérica completamente ilusoria; los partidos liberal y laborista, pero especialmente el laborista, padecen de una debilidad numérica igualmente ilusoria. Puede resultar, sin embargo, que el desarrollo de la política inglesa en un futuro próximo sea determinado por estas ilusiones y que en el curso del próximo verano el partido unionista bajo su nuevo jefe se suicide al separar su suerte de la del Primer Ministro.

De todos modos, todo ello constituye una situación interesante. Claro es que la Coalición tiene que romperse, y es claro también, que el partido Laborista, a la primera oportunidad, verificará ganancias inmensas. Pero el balance actual de partidos en el próximo parlamento depende muy principalmente de la decisión que Mr. Lloyd George (o el partido Unionista) se verá obligado, muy en breve, a adoptar. Hasta un grado extraordinario las circunstancias han hecho del Primer Ministro el árbitro aparente de los acontecimientos. Puede que él no logre conservar el poder para sí mismo, pero podrá probablemente salvar o perder a cualquiera de sus rivales. Muchos críticos sagaces se muestran confiados en que tarde o temprano él se irá «con la derecha»; otros se muestran igualmente seguros de que se irá «con la izquierda». Pero la cuestión parece haberse convertido en una materia más de necesidad que de libre albedrío. ¿Hacia qué lado podrá caer? La única respuesta que en este momento parece plausible, es la de que tome el consejo, tantas veces repetido, de sus paniaguados del *Observer*, y busque por un tiempo aquel refugio al cansancio de los asuntos políticos que él tan ansiosamente desea y del que tan evidentemente se ha hecho merecedor.